

LAS LEYES DE LA ECONOMÍA

ACIERTOS Y ERRORES DE UNA
CIENCIA EN ENTREDICHO

DANI
RODRIK

"Un libro fascinante escrito por uno de los mejores economistas mundiales"
George Akerlof, Premio Nobel de Economía

A raíz de la crisis financiera y la gran recesión, la economía parece cualquier cosa menos una ciencia. En este agudo libro, el gran economista Dani Rodrik hace un interesante ejercicio de autocrítica para examinar cuándo son válidos los paradigmas de esta ciencia y cuándo se quedan cortos y, con plena conciencia de sus limitaciones, llega a unas conclusiones sorprendentemente optimistas para esta disciplina. Rodrik argumenta que la economía puede ser una poderosa herramienta que mejore el mundo, pero solo cuando los economistas abandonen teorías universales y se centren en conseguir el contexto adecuado. Las leyes de la economía es a la vez una crítica contundente y una defensa de esta disciplina, un camino hacia una ciencia más humilde y, por ello, más eficaz.

Índice de contenido

Cubierta

Las leyes de la economía

Prefacio y agradecimientos

Introducción. El uso y el abuso de las ideas económicas

1. ¿Para qué sirven los modelos?

Una variedad de modelos

Modelos como fábulas

Modelos como experimentos

Supuestos poco realistas

Sobre las matemáticas y los modelos

Simplicidad frente a complejidad

Simplicidad, realismo y realidad

2. La ciencia en el diseño de modelos económicos

Esclarecer hipótesis

Cuando la intuición estándar nos falla

Progreso científico, un modelo cada vez

Modelos y métodos empíricos

Modelos, autoridad y jerarquía

«Equivocado» versus «Ni siquiera equivocado»

3. Navegar entre modelos

Diagnósticos para estrategias de crecimiento

Principios generales de selección de modelos

Verificación de los supuestos críticos

Verificación de mecanismos

Verificación de conclusiones directas

Verificación de conclusiones incidentales

Validez externa, el retorno

4. Modelos y teorías

La teoría del valor y su distribución

La teoría de los ciclos económicos y del desempleo

Teorías como explicación de acontecimientos concretos

En realidad, las teorías no son más que modelos

5. Cuando los economistas se equivocan

[Errores por omisión: la crisis financiera](#)

[Errores por acción: el Consenso de Washington](#)

[La psicología y la sociología de las ciencias económicas](#)

[Poder y responsabilidad](#)

6. La economía y sus críticos

[Reconsiderar las críticas habituales](#)

[La cuestión de los valores](#)

[Falta de pluralismo](#)

[Ambición y modestia](#)

Epílogo. Los veinte mandamientos

[Diez mandamientos para economistas](#)

[Diez mandamientos para no economistas](#)

Sobre el autor

Notas

*A mi madre, Karmela Rodrik,
y a la memoria de mi padre, Vitali Rodrik.
Ellos me inculcaron el amor por el aprendizaje
y me mostraron las posibilidades que ofrece su
aprovechamiento.*

Prefacio y agradecimientos

Este libro tiene su origen en un curso sobre economía política que impartí durante varios años con Roberto Mangabeira Unger en Harvard. A su inimitable manera, Roberto me incitó a pensar detenidamente sobre las fortalezas y las debilidades de las ciencias económicas, así como a articular todo aquello que considerase útil de los métodos de trabajo y de análisis utilizados en economía. Según Roberto, la disciplina se había vuelto estéril y obsoleta debido a que había abandonado la teoría social a gran escala al estilo de Adam Smith y Karl Marx. A mí me parecía, sin embargo, que la fortaleza de la economía reside precisamente en la teoría a pequeña escala, en el uso de un tipo de pensamiento contextual que esclarece la causa y el efecto, y arroja luz —aunque sea de forma parcial— sobre la realidad social. Una ciencia modesta practicada con humildad, argumenté, tiene más posibilidades de resultar útil que la búsqueda de teorías universales sobre el funcionamiento de los sistemas capitalistas o sobre aquello que determina la riqueza y la pobreza en el mundo. Creo que nunca logré convencerle de esto, pero confío en que se dé cuenta de que sus argumentos tuvieron un cierto impacto.

La idea de transmitir estos pensamientos en forma de libro acabó tomando forma en el Instituto de Estudios Avanzados (Institute for Advanced Study, IAS), al que me trasladé en el verano de 2013 y en donde estuve dos agradables años. Anteriormente, había pasado la mayor parte de mi carrera académica en entornos multidisciplinarios, y me con-

sideraba buen conocedor de —por no decir muy versado en— las diferentes corrientes existentes en el seno de las ciencias sociales. Sin embargo, el IAS constituyó una experiencia tremendamente estimulante, de una magnitud totalmente distinta. La Escuela de Ciencias Sociales del IAS, mi nuevo hogar, utilizaba fundamentalmente enfoques humanísticos e interpretativos, lo que suponía un fuerte contraste respecto del positivismo empirista de la economía. En mis encuentros con muchos de los visitantes de la escuela —procedentes de las ramas de antropología, sociología, historia, filosofía y ciencias políticas, además de la de economía—, me llamó poderosamente la atención la existencia de un fuerte trasfondo de desconfianza hacia los economistas. Para ellos, los economistas o bien manifestaban lo obvio, o bien se extralimitaban al aplicar marcos teóricos simples a fenómenos sociales complejos. En ocasiones me daba la impresión de que a los pocos economistas presentes se les trataba como a los idiotas sabios de las ciencias sociales: muy buenos con las matemáticas y la estadística, pero de muy poca utilidad en todo lo demás.

La ironía estaba en que yo había visto antes esta misma actitud, solo que a la inversa. ¡Basta con juntarse con un grupo de economistas para saber lo que piensan de la sociología y la antropología! Para los economistas, las otras ciencias sociales son blandas, indisciplinadas, ampulosas, no lo bastante empíricas o (alternativamente) poco versadas en las trampas y obstáculos del análisis empírico. Los economistas saben cómo pensar y obtener resultados, mientras que los demás dan vueltas en círculos. Por ello, tal vez debería haber estado preparado para descubrir que la desconfianza también iba en sentido contrario.

Una de las sorprendentes consecuencias de mi inmersión en la vorágine disciplinaria del IAS fue que me hizo sentir mejor como economista. Durante mucho tiempo había criticado a mis colegas por ser demasiado estrechos de mi-

ras, por tomarse sus modelos demasiado al pie de la letra, y por prestar poca atención a los procesos sociales. Sin embargo, me dio la impresión de que muchas de las críticas procedentes del exterior no eran acertadas. Existía demasiada desinformación sobre la verdadera labor de los economistas, y no pude evitar pensar que algunas de las prácticas del resto de las ciencias sociales podrían mejorarse si se prestara más atención a la argumentación analítica y a las pruebas, que son el punto de apoyo de los economistas.

Dicho esto, también estaba claro que los economistas no pueden sino culparse a sí mismos por este estado de las cosas. El problema no es solo su autosatisfacción y su a menudo doctrinario apego a una forma determinada de ver el mundo, sino que, además, a los economistas no se les da muy bien presentar su ciencia a los demás. Buena parte de este libro está dedicada a mostrar que la economía engloba una gran variedad de marcos teóricos en constante evolución, con diferentes interpretaciones sobre cómo funciona el mundo y diversas implicaciones para las políticas públicas.

Pese a ello, lo que los no economistas suelen percibir de la economía tiene todo el aspecto de un simple panegírico a los mercados, la racionalidad y el comportamiento egoísta. Los economistas destacan sobremanera a la hora de ofrecer explicaciones probables sobre diferentes aspectos de la vida social, explicaciones muy explícitas acerca de la forma en la que los mercados (y las intervenciones de los gobiernos) tienen diferentes consecuencias sobre la eficiencia, la equidad y el crecimiento económico, en función de las condiciones específicas existentes, pero con frecuencia esos mismos economistas dan la impresión de establecer leyes económicas universales que pueden aplicarse en todas partes, con independencia del contexto.

En un momento dado sentí que era necesario escribir un libro que hiciese las veces de puente para salvar este

abismo divisor, un libro dirigido tanto a economistas como a no economistas. Mi mensaje a los primeros es que necesitan explicar mejor el tipo de ciencia que practican, y por ello en este libro proporciono un enfoque alternativo que resalta la gran utilidad del trabajo que se lleva a cabo en la economía, señalando al mismo tiempo las trampas en las que los practicantes de esta ciencia suelen caer. Mi mensaje a los segundos es que muchas de las críticas habituales dedicadas a la economía pierden su fuerza bajo este enfoque alternativo. Hay mucho que criticar en la economía, pero también hay mucho que apreciar (y emular).

El IAS ofrecía en más de un sentido el entorno perfecto para escribir este libro. Con sus tranquilos bosques, su excelente comida y sus increíbles recursos, es un auténtico paraíso para los académicos. Mis colegas de facultad Danielle Allen, Didier Fassin, Joan Scott y Michael Waltzer estimularon mi pensamiento sobre la economía y me proporcionaron inspiración con sus distintos y rigurosos modelos académicos. Mi asistente, Nancy Cotteman, me ofreció útiles comentarios sobre el primer borrador, que se sumaron a un apoyo administrativo increíblemente eficiente. Estoy muy agradecido al equipo gestor del IAS, especialmente a su director, Robbert Dijkgraaf, por permitirme formar parte de una comunidad de intelectuales en mi opinión realmente extraordinaria.

La orientación y los consejos de Andrew Wylie lograron que el manuscrito llegase a las manos adecuadas, es decir, las de la editorial W.W. Norton. Allí, Brendan Curry fue un fantástico editor y Stephanie Hiebert corrigió meticulosamente el texto; ambos mejoraron el libro de innumerables formas. Un especial agradecimiento va dirigido a Avinash Dixit, un académico que ejemplifica las virtudes de los economistas que expongo en el libro, y que me proporcionó detallados comentarios y sugerencias. Mis amigos y coautores Sharun Mukand y Arvind Subramanian me concedieron generosamente su tiempo y me ayudaron a dar forma

al proyecto con sus ideas y contribuciones. Por último, y especialmente, mi mayor deuda, como siempre, es con mi esposa, Pinar Dogan, quien me dio su cariño y apoyo durante todo el proyecto, además de ayudarme a pulir mis argumentos y mi discurso sobre determinados conceptos económicos.

Introducción

El uso y el abuso de las ideas económicas

En julio de 1944, delegados de cuarenta y cuatro naciones se encontraron en la pequeña localidad de Bretton Woods, New Hampshire, con el fin de construir el nuevo orden económico internacional de posguerra. Cuando abandonaron el lugar, tres semanas después, habían diseñado la constitución de un sistema global que duraría más de tres décadas, sistema que brotó de las mentes de dos economistas: el gran gigante de la profesión John Maynard Keynes, y un alto funcionario del Departamento del Tesoro de Estados Unidos, Harry Dexter White^[1]. Keynes y White discrepaban en muchas cuestiones, especialmente en aquellas en las que estaban en juego los intereses nacionales, pero sí compartían un cierto marco teórico formado a partir de la experiencia del periodo de entreguerras. Su objetivo era evitar las turbulencias de los últimos años del patrón oro y de la Gran Depresión, y para lograrlo acordaron que era necesaria la implantación de tipos de cambio fijos, aunque ocasionalmente ajustables; la liberalización del comercio internacional, pero no de los flujos de capital; un mayor alcance de las políticas monetarias y fiscales a nivel nacional; y una mayor cooperación a través de la creación de dos nuevos organismos internacionales: el Fondo Monetario Internacional (FMI), y el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (que después pasó a ser conocido como Banco Mundial).

El régimen establecido por Keynes y White demostró ser un extraordinario éxito, pues dio paso a una era de estabilidad y de crecimiento económico sin precedentes en las economías de mercado avanzadas, así como en muchos nuevos países que obtuvieron su independencia en esos momentos. El crecimiento de los flujos de capital especulativo, contra el que Keynes ya había advertido, debilitó el sistema durante la década de los setenta. Sin embargo, continuó siendo la referencia de la ingeniería institucional global, pues en cada nueva turbulencia de la economía mundial, el grito de guerra de los reformistas era: «¡Hagamos un nuevo Bretton Woods!».

En 1952, un economista de la Universidad de Columbia llamado William Vickrey propuso un nuevo sistema de precios para el metro de Nueva York, recomendando que las tarifas se incrementasen durante las horas punta y en las secciones con mayor tráfico, y se redujesen en otras horas y secciones. Este sistema de «precios por congestión» no era otra cosa que la aplicación de los principios de oferta y demanda al transporte público. Se suponía que estas tarifas variables incentivarían a los viajeros con horario más flexible a evitar las horas punta, lo que reduciría la concentración puntual y con ello la presión sobre el sistema, al tiempo que permitiría un flujo de pasajeros aún mayor. Posteriormente, Vickrey también recomendaría un sistema similar para las carreteras y el tráfico rodado, aunque lo cierto es que fueron muchos los que consideraron que tales ideas eran descabelladas e inviables.

Singapur fue el primer país que puso en práctica el sistema de precios de congestión: a comienzos de 1975, los conductores singapurenses empezaron a pagar un peaje para entrar al distrito financiero central. Este sistema fue reemplazado en 1998 por un peaje electrónico, que permite que los conductores paguen tarifas variables en función de la velocidad media del tráfico en la red vial. Según los datos disponibles, el sistema ha logrado reducir los atascos

y las emisiones de dióxido de carbono, incrementar el uso del transporte público, y además generar considerables ingresos para las autoridades locales. Semejante éxito ha llevado a otras grandes ciudades, como Londres, Milán y Estocolmo, a intentar emularlo con diversas modificaciones.

En 1997, Santiago Levy, un profesor de economía de la Universidad de Boston que en aquel momento era ministro adjunto de Finanzas en su México natal, intentó modificar el enfoque de las políticas antipobreza del gobierno. Aunque existían programas que proporcionaban asistencia a los pobres, principalmente en forma de subsidios alimentarios, Levy arguyó que estos programas eran ineficientes y poco efectivos. En economía hay un principio fundamental que afirma que cuando se trata del bienestar de los pobres, las subvenciones directas en dinero contante y sonante son más efectivas que los subsidios sobre determinados bienes de consumo. Además, Levy estaba convencido de que podía servirse de las subvenciones para lograr mejoras en la salud y la educación. Las madres recibirían dinero en efectivo, y a cambio tendrían que asegurarse de que sus hijos fuesen al colegio y recibiesen una atención médica adecuada. En jerga económica, el programa incentivaba a las madres a que invirtiesen en sus hijos.

«Progresas» (posteriormente rebautizado como «Oportunidades», y más adelante como «Prospera») fue el primer programa de transferencias monetarias condicionadas (TMC) establecido en un país en desarrollo. Pensado para ser introducido de forma gradual, Levy también diseñó un ingenioso plan de implementación que permitiría evaluar claramente si funcionaba correctamente o no. El plan se basaba en principios económicos básicos, pero revolucionó totalmente la forma en la que los legisladores abordaban los programas antipobreza. A medida que los resultados positivos iban llegando, el programa se fue convirtiendo en un modelo a seguir por otros países: más de una decena de países latinoamericanos, como Brasil o Chile, acabarían

adoptando programas similares, e incluso la ciudad de Nueva York, bajo el mandato y el auspicio del alcalde del momento, Michael Bloomberg, implantó un programa piloto de TMC.

Estas son, por tanto, tres ideas económicas aplicadas a tres áreas distintas: la economía mundial, el transporte urbano y la lucha contra la pobreza. En cada caso, los economistas reconfiguraron aspectos de nuestro mundo aplicando simples principios económicos a problemas públicos. Estos ejemplos representan perfectamente lo que es la economía, aunque existen muchos otros: la teoría de juegos se ha utilizado para organizar subastas de frecuencias para telecomunicaciones; los modelos de diseño de mercados han ayudado al sector sanitario a asignar eficientemente los médicos residentes a los hospitales; los modelos de organización industrial refuerzan las políticas de libre competencia; y los recientes avances en teoría macroeconómica han conducido a la adopción de políticas antiinflación por parte de bancos centrales en todo el mundo^[2]. Cuando los economistas aciertan en sus pronósticos, el mundo entero mejora.

Sin embargo, los economistas se equivocan a menudo, tal y como ilustrarán numerosos ejemplos en esta obra. Escribí este libro para intentar explicar por qué la economía a veces acierta y a veces no. Los «modelos» —los marcos teóricos abstractos y matemáticos que emplean los economistas para intentar entender el mundo— son el corazón del libro. Los modelos son a la vez la fortaleza y el talón de Aquiles de la economía, y también los que la convierten en una ciencia; no una ciencia como la física cuántica o la biología molecular, pero una ciencia al fin y al cabo.

Más que un único modelo específico, la economía engloba un conjunto de modelos. La disciplina avanza mediante la expansión de su catálogo de modelos y la mejora de la conexión entre estos modelos y el mundo real. La diversidad de modelos económicos es la necesaria contrapar-

tida a la flexibilidad del mundo social, pues entornos sociales diferentes requieren modelos distintos. La verdad es que es muy poco probable que los economistas lleguen a descubrir alguna vez un modelo universal aplicable en todas partes.

El problema es que los economistas tienen cierta tendencia a abusar de sus modelos, en parte debido a que toman como ejemplo las ciencias naturales, y, por tanto, son propensos a confundir un modelo con *el* modelo, relevante y aplicable en cualquier circunstancia. Por tanto, tienen que vencer esta tentación, y seleccionar los modelos que aplicar en función de las condiciones y los entornos; necesitan aprender a cambiar de un modelo a otro de manera más fluida.

Este libro pretende ensalzar y criticar simultáneamente la ciencia económica, defender el núcleo de la disciplina —el papel que desempeñan los modelos económicos en la creación de conocimiento—, pero denostar la forma en la que con frecuencia los economistas practican su oficio y usan (o abusan de) sus modelos. Los argumentos que expongo no son precisamente la «versión oficial», pues sospecho que muchos economistas discreparán de mi visión de la disciplina, especialmente en lo relativo a qué tipo de ciencia es la economía.

Al relacionarme con muchos no economistas y profesionales de otras ciencias sociales, a menudo me sorprendió la visión de la economía que tienen los ajenos a ella. Muchas de las quejas son bien conocidas: las ciencias económicas son simplistas y estrechas de miras; realizan afirmaciones universales que ignoran el papel de la cultura; están plagadas de juicios de valor implícitos; y además fracasan a la hora de explicar y predecir el desarrollo de la propia economía. Cada una de estas críticas se deriva en gran medida de la incapacidad para reconocer que la economía como ciencia es, de hecho, una colección de diversos modelos que no poseen una inclinación ideológica concreta ni llevan